

ARGENTINA – BRASIL: PRIMERAS ACCIONES COORDINADAS EN POLÍTICA EXTERIOR

Argentina – Brazil: First Coordinated Foreign Policies

Daniel AMICCI*

Fecha de recepción: noviembre del 2011

Fecha de aceptación y versión final: noviembre del 2012

RESUMEN: El abordaje de las relaciones bilaterales argentino-brasileñas durante el denominado período desarrollista permite alcanzar las raíces del proceso integrativo y abre el camino para realizar una interpretación amplia de la articulación de una y otra diplomacia en pos de objetivos comunes por vez primera en su dilatado y ajetreado derrotero histórico.

PALABRAS CLAVE: relaciones bilaterales, *entente*, Argentina, Brasil.

ABSTRACT: By examining the bilateral Argentina-Brazil relations during the so-called “developmentalism” period, we can unveil the roots of the integration process and achieve a broader interpretation of how for the first time in these countries extensive and hectic relationship different foreign policies work together in the pursuit of common objectives.

KEYWORDS: bilateral relations, *entente*, Argentina, Brasil.

I. INTRODUCCIÓN

La victoria de la Revolución Cubana en 1959 empujó al continente americano hacia el vértice de la escalada de tensiones, con fuertes réplicas a nivel mundial de la mano de la injerencia de la Unión Soviética en el hemisferio. Por su parte, los Estados Unidos apremiados por esta “invasión” a su espacio de poder más cercano, emprenderán acciones profilácticas contra la propagación de la ideología comunista, disponiendo para ello de medidas extremas, tal como el apoyo al intento de invasión a Cuba para derrotar al régimen castrista. Pero, una vez fracasada esa metodología, volcarán toda su presión a través de mecanismos diplomáticos, tratando de “copar” los organismos continentales con hincapié en la Organización de Estados Americanos – OEA, a fin de conseguir en la mesa de negociaciones lo que se le había negado en el campo de batalla.

* Daniel Amicci – Profesor Adjunto-Investigador, Licenciado, Profesor en Historia (Universidad Nacional de Córdoba), Master en Relaciones Internacionales (Universidad Maimónides, Buenos Aires), becario de Doctorado en Estudios Sociales de América Latina en la Universidad Nacional de Córdoba.

Esa nueva acometida del poder hegemónico sobre Latinoamérica a comienzos de los 60. encontrará en sus naciones más fuertes, sobre todo en la dupla Argentina-Brasil, un dique de contención a sus pretensiones. Una y otra edificarán en las reuniones de consulta de cancilleres de Punta del Este un frente común que mitigará la fuerza de las presiones de Estados Unidos que, acompañados por las naciones de menor peso y más vulnerables, se empeñaron en sancionar a Cuba por su condición de país socialista; meta que alcanzaron a cumplir, pero no sin antes lidiar con la firme oposición del bloque liderado por el novel eje sudamericano.

Entrambos habían alcanzado en esas circunstancias críticas un grado de entendimiento y cooperación notable. Era el corolario del proceso iniciado años antes con las primeras y tímidas aproximaciones habidas entre el jefe de Estado argentino Arturo Frondizi y su par brasileño Juscelino Kubistchek. Así quedaba expuesta la permanencia de esa línea cooperativa, que había sorteado los obstáculos inherentes a los cambios propios de cualquier recambio presidencial; y, además, mostraba la unidad de criterios a la hora de defender la línea doctrinaria de la diplomacia latinoamericana.

II. ASISTENCIALISMO *VERSUS* DESENVOLVIMIENTO

A poco de finalizado el histórico encuentro de Uruguayana (20-22 de abril de 1961) entre los presidentes Arturo Frondizi y Jânio Quadros y la correspondiente firma de los acuerdos bilaterales, comenzaron los preparativos para coordinar las acciones -tal como lo estipulaba el mecanismo de consulta rubricado-, que se implementarían durante la conferencia extraordinaria del Consejo Interamericano Económico y Social (CIES) en la uruguaya Punta del Este, hacia agosto de 1961, convocada por la OEA *ad hoc* para tratar la propuesta norteamericana de asistencia financiera ofrecida dentro del programa denominado “Alianza para el Progreso” -ALPRO- gestado por John F. Kennedy. La reunión ya se perfilaba como trascendente, de la mano de los críticos sucesos desatados a raíz de la fallida invasión de Playa Girón, así como del lanzamiento oficial de la iniciativa de la administración demócrata de su propuesta de un nuevo y superior Plan Marshall latinoamericano.

Los sucesos que de ella deriven, opacarán los resultados de la trascendente cumbre de Uruguayana, generados por los fanatismos de los grupos opositores que actuaban sobre todo en Argentina, “donde muchos militares [en opinión del general golpista Toranzo Montero] creían que Frondizi era comunista”; y como bien lo indica Potash (1985), los militares que conspiraban pasaron de tener “preocupación” por el acuerdo de Uruguayana a “montar una resistencia organizada”, como resultado de las posiciones que tomó el gobierno [sobre el tema] cubano (t. 2, 452).

En la cita de Punta del Este, la potencia hegemónica intentaba empujar a los países latinoamericanos hacia una alianza anticubana, cuyo gobierno estaba, según su óptica, dividiendo a la familia panamericana. A cambio de su apoyo llevaría ade-

lante un titánico programa de ayuda económica que preveía, en los diez años siguientes, inyectar en el Subcontinente una cifra de 20 000 millones de dólares.

Poco tiempo atrás, Eisenhower en la Reunión del Comité de los 21 había propuesto un plan similar, el Fondo para el Progreso Social, que estaría en línea con el ideario de la Operación Panamericana. Y, en ese entonces, tal como sucedería en Punta del Este, la orientación de la ayuda norteamericana estaba dirigida hacia la infraestructura social, dejando de lado el apoyo necesario para los proyectos de desarrollo que tanto solicitaban Frondizi y Kubistchek, sustentados en la industrialización de base (transportes, energía y siderurgia).

Los dos presidentes desconfiaban de la propuesta, porque entendían que se trataba de “puro” asistencialismo. De todas maneras, el apoyo no llegó a concretarse y Eisenhower terminó su mandato dejando a su sucesor la tarea de continuar con la iniciativa. Kennedy y su nueva propuesta diferían poco de la anterior. Frondizi (1989) ofrece una lectura fidedigna: “Este plan [ALPRO] nació con el signo de la preocupación por los problemas del desarrollo social. Era una respuesta política al problema político planteado por el desafío cubano” (p. 17).

El contenido de un artículo aparecido en *The Pittsburgh Press* en agosto de 1961 es claro al respecto, al definir a la Alianza para el Progreso como “un desafío a los rojos”. En otras palabras, atribuye al programa la intención política de convertirse en una competencia contra el respectivo programa de asistencia soviético de los “20 años”, que había hecho público recientemente Moscú, destinado a países subdesarrollados (10 de agosto, 14).

Previo a la conferencia de la OEA, Argentina y Brasil se prepararon para llevar adelante negociaciones en común, tal lo acordado en la reunión de Uruguayana, a fin de edificar una posición compartida para presentar ante el gobierno norteamericano, sobre los alcances del plan de ayuda ofrecido. Se debería priorizar el enfoque puesto por los países en el desarrollo de las industrias de base y en “convertir al Brasil y la Argentina en centros de irradiación del desarrollo -polos difusores- que se encargarían de desarrollar las [restantes] subregiones” del Subcontinente (Lanús, 1984, 203).

Durante el transcurso de la reunión en Punta del Este, el presidente Kennedy hizo llegar un mensaje donde anunciaba que los países latinoamericanos recibirían una importante línea de créditos. *A posteriori* sería incrementada, porque tal como afirmaba en sus palabras a los delegados (que despertaron gran expectativa), sólo un esfuerzo de grandes proporciones, a semejanza del plan Marshall, podría salvar a Latinoamérica de sus “enfermedades económicas” (*Jornal do Brasil*, 1961, 7 de agosto, 1-4).

A su turno, el ministro de Finanzas Clemente Mariani jefe de la delegación brasilera, expresaba que la “neutralización del conflicto ideológico Este-Oeste está cada vez más condicionada a la atenuación del desequilibrio económico y social entre el Norte y el Sur de América”. Sus palabras formaban parte de un artículo que,

acorde con sus manifestaciones, titulaba en primera página el *Jornal do Brasil*: “Guerra fria tem base econômica” (1961, 9 de agosto, 1). Por su lado, el Secretario del Tesoro norteamericano Dillon en su primera intervención, anunciaba con bombos y platillos la inyección de por los menos 20 billones de dólares en la economía del Subcontinente en el término de diez años.

Sobre el proyecto de asistencia norteamericano que exigía a los beneficiarios latinoamericanos dos puntos principales: reforma económica estructural, inclusive la agraria y control de los fondos por un comité de técnicos, las diplomacias de Argentina y Brasil trabajaron para su modificación en pos de adecuarlo a las exigencias regionales, que buscaban poner en el centro del debate el apoyo a las políticas desarrollistas por sobre las asistencialistas. Es decir, quitar la mira de los programas sociales para calibrarla en los industriales.

Argentina, junto con Brasil, también remarcó el hecho de que cada país tenía el derecho de planificar su propia estrategia de desarrollo y el destino de los fondos del programa, sin tener que caer en manos de “la burocracia internacional”, en referencia a la CEPAL, que pretendía controlar la ayuda por medio de un comité de asesores foráneos; cuestión en la que finalmente triunfó la posición de ambos países contra esos intentos de organizar un ente gerenciador supranacional.

El asesor del presidente de los EE.UU. Richard Goodwin (1962), presente en Punta del Este, definía poco después de terminada la conferencia cuáles eran las características distintivas de la ALPRO con respecto a políticas anteriores de su gobierno:

- é um esforço amplo objetivando a solução dos problemas da sociedade como um todo
- depende do planejamento nacional (...) cada nação formulará por si própria um sistema de prioridades, metas e projetos
- ela empresta a máxima importância aos conceitos de auto-ajuda e reforma social
- difere também em magnitude das demais políticas (...). E ao longo dos próximos 10 anos solicitamos contribuições de capital de (...) mais de 20 bilhões de dólares (pp. 23-25).

Si bien la participación del grupo de diplomáticos argentinos en coordinación con los brasileños fue determinante, las acciones que depararon la mayor atención eran propias del representante de Cuba, el argentino Ernesto Guevara, ahora devenido en Ministro de Industria, que también destacó, más allá de los planteamientos político-ideológicos que expuso en su alocución, la dirección equivocada del proyecto estadounidense, que perseguía un rumbo “asistencialista”:

¿No tienen un poco la impresión de que se les está tomando el pelo? Se dan dólares para hacer carreteras, se dan dólares para hacer caminos, se dan dólares para hacer alcantarillas (...) ¿Por qué no se dan dólares para equipos, dólares para maqui-

narias, dólares para que nuestros países subdesarrollados, todos, puedan convertirse en países industriales-agrícolas, de una sola vez? (Discurso, 2006).

Paralelamente advirtió que la conferencia era de tinte meramente político, anticubana, y no precisamente se había gestado para tratar el tema de la industrialización latinoamericana, sino que el principal motivador norteamericano era condenar al régimen castrista:

III. LOS RESULTADOS DE LA REUNIÓN DEL CIES EN PUNTA DEL ESTE

Luego de arduos debates, se llegó a la rúbrica el 17 de agosto de un documento denominado Carta de Punta del Este, en el cual faltó la firma del representante de Cuba. Oficialmente, se ponía en marcha la ALPRO con la aceptación de dos documentos que estipulaban el otorgamiento de 20 billones de dólares en diez años. No obstante el complicado derrotero para llegar a un acuerdo (en un juego de presiones e intereses de los mayores actores involucrados que duró casi dos semanas), terminó siendo “un compromiso más o menos aceptable para todos los países”. El programa alternativo a la propuesta original fue trabajado en conjunto por los delegados de Estados Unidos, Brasil, Chile y Argentina (Escudé y Cisneros, 2000, cap. 63). Es necesario agregar también a Perú, cuyo presidente había mantenido una cordial reunión con Quadros y compartido las líneas generales de la posición a tomar en la conferencia, donde tuvo una labor destacada en la redacción de las propuestas (*Jornal do Brasil*, 1961, 10 de agosto, 1).

El Brasil se mostró conforme con el resultado; más aún Uruguay, cuyo presidente Eduardo Azzini calificó al evento, cuyos términos fueron reproducidos por un matutino estadounidense, como “el comienzo de una histórica época para el continente” (*The Bonham Daily Favorite*, 1961, 17 de agosto, 1). En cambio, Argentina mostró moderación en sus expectativas (Camilión, 1999, 79). Entretanto, los EE.UU. señalaban que Cuba no recibiría asistencia alguna mientras continuara su relación con la Unión Soviética. La actitud condenatoria hacia el régimen castrista por parte de la potencia hegemónica, que la acusaba de dividir la familia panamericana, tenía una corta pero agitada vida, que había encontrado en su transcurso firme oposición por parte de los mayores estados latinoamericanos.

La política del Norte pretendía, tal como sucedió finalmente, meses mediante, la exclusión de la isla caribeña del sistema interamericano, que había pasado a ser el tema principal en la agenda del gobierno de los EE.UU. Teichert (1962), señalaba ese cambio en la orientación de la diplomacia estadounidense al mostrar hacia comienzos de 1962 que:

Enquanto nos últimos dez anos, a política dos Estados Unidos, ou a ausência dela, foi caracterizada pela negligência dos seus vizinhos ao Sul do Rio Grande (...) a revolução de Castro mudou tudo isso de uma maneira um tanto súbita (pp. 89-90).

IV. LA DEFENSA MANCOMUNADA DE LOS INTERESES REGIONALES

Desde el 22 al 31 de enero de 1962 se llevaría a cabo nuevamente en Punta del Este la Octava Reunión de Consulta de Cancilleres de la Organización de Estados Americanos. En esa cita, el asunto crucial fue el tratamiento de la separación de Cuba del organismo continental, promovida por Estados Unidos.

El objetivo del decisor hemisférico se cumplió, pero no sin antes tener que lidiar con denuedo con la oposición de las naciones mayores del bloque, sobre todo contra la “dupla” diplomática conformada por Brasil y Argentina que se mantenían firmes en sus posiciones sobre la no intervención. Tiago Dantas en una entrevista en Itamaraty dejaba en claro que no había motivo alguno para mudar la línea que se venía manteniendo hacia el régimen cubano, y que la política exterior “não muda como os fenômenos meteorológicos” (*Jornal do Brasil*, 1962, 6 de enero, 1-3).

Según el criterio de Dallanegra Pedraza cuando describe las conductas de tipo “autonómicas”, ejercidas por parte de países hegemonzados que buscan poner distancia de la potencia dominante, Cuba se habría visto impelida a buscar soporte en el bloque comunista, que consintió el convite bajo la condición de la aceptación de la doctrina marxista por parte del castrismo. Este camino hacia los soviéticos lo habría tomado a raíz de los obstáculos que encontró para encontrar apoyo en el bloque occidental a su postura “autonomizante” contra el dominio norteamericano, ya de por sí histórico sobre la isla.

En cuanto a los motivos de fondo de estos encuentros de la OEA, el autor expresa que la potencia “dominante genera subsistemas políticos respaldados por tratados internacionales, mediante los que delimita su zona de influencia en la que otros dominantes no pueden introducirse y, a su vez, está dispuesto al recurso de la violencia física para sancionar y encausar al “descarriado” o a los condicionantes económicos” (Dallanegra Pedraza, 2009, cap. IV, 53-54).

La nueva cita convocada por el presidente de Colombia Lleras Camargo, que se apoyaba en el artículo sexto del Tratado de Río de Janeiro relativo a asuntos de integridad, soberanía e independencia de cualquier estado americano, dejaba espacio para un abanico de exégesis. En palabras de Kennedy a Frondizi era “para desarrollar medios para oponerse al peligro existente”, o sea el régimen castrista (Frondizi, 1989, 28). En esta oportunidad, el objetivo esgrimido era analizar la situación del caso cubano y sus derivaciones políticas para el sistema americano.

El mandatario colombiano junto a su canciller, pretendía con la reunión activar los procedimientos profilácticos destinados a detener agresiones contra el sistema interamericano, estipulados por el TIAR, previo llamado al órgano de consulta. Esto es, organizar una reunión de la OEA para aplicar sanciones a Cuba, que en otros términos implicaría su expulsión del organismo continental; posición que era compartida por Venezuela. En cambio, Argentina, Brasil, Chile y México, es decir los países más importantes de la región, estaban en desacuerdo, porque su lectura del conflicto era que el rompimiento terminaría por “arrojar a Cuba en los brazos de la

Unión Soviética” (Camilión, 1999, 87-94). A pesar del clima enrarecido, Frondizi en carta enviada a Kennedy el 2 de enero le remarca que el “espíritu” que domine la reunión tendría que ser el de la Alianza para el Progreso (Frondizi, 1989, 171).

En su continua búsqueda de conseguir que el norteamericano haga efectiva la asistencia crediticia, lo “tienta” al asegurarle una sólida alianza con Latinoamérica, “un frente compacto e indestructible” con el que su país logrará “un verdadero triunfo internacional”. En cuanto al gobierno cubano, Frondizi le señala que Castro deberá enfrentarse a un dilema si opta por alejarse del sistema interamericano y renunciar a los beneficios del programa, dado que su pueblo no estará de acuerdo en dejar pasar la ocasión de recibir esa importante ayuda crediticia.

Frondizi agrega, siempre con la mira puesta en convencer a Kennedy, que: “para que Castro se enfrente verdaderamente con este dilema al mismo tiempo que no pueda haber opción a los restantes pueblos latinoamericanos, es absolutamente imprescindible movilizar recursos financieros y técnicos”. Para que cualquier demora no ponga en riesgo la estabilidad de la región era necesario actuar con celeridad. El éxito o el fracaso político-económico de la región se lo adjudicaba a la “responsabilidad casi exclusiva” de los Estados Unidos (Frondizi, 1962, 169 y ss.).

Los términos utilizados por el presidente argentino, un tanto distantes de su clásica moderación, dejan entrever la acuciante necesidad por obtener los créditos necesarios para acelerar los logros conseguidos por el modelo económico. Pero evidencian también cierta presión que se anima a ejercer, alentado por la crisis que enfrentaba la potencia ante el giro marxista del régimen cubano y la desastrosa invasión de la isla. Era el momento preciso para intentar aprovechar este “intersticio”, surgido tanto por los “aciertos” de Castro como por los errores de Kennedy, que dejaban abierto un espacio donde era posible implementar “conductas autónomas”, sin despertar mayores recelos del decisor hemisférico.

Más allá de las intenciones del jefe de Estado argentino para que la conferencia también abordara cuestiones económicas y prácticas, atadas a la ejecución del programa de asistencia financiera norteamericana, el eje terminó girando únicamente en torno al caso cubano. La cita se había encaminado definitivamente hacia su politización y los planteos que esgrimían las delegaciones se encasillaron en promover o desalentar la salida de Cuba del sistema interamericano.

Las tentativas conciliatorias que habían estado intentando las diplomacias de México, Argentina y Brasil durante los días previos, así como las propias gestiones de Frondizi ante Kennedy para mediar en el conflicto (al que le envía una serie de propuestas alternativas), no habían dado los resultados esperados, sobre todo por las cerradas posiciones de países tales como Guatemala y Colombia que estaban enfrentados con Cuba y de las propias y agudas presiones internas que tenían los funcionarios moderados de la administración Kennedy para que llevaran a cabo la intervención (*Jornal do Brasil*, 1962, 19 de enero, 1).

La “histeria” anticomunista norteamericana se había agudizado ante los rumbos tomados por el régimen castrista. Ante esta atomización de los objetivos de la conferencia, las delegaciones se prepararon para afrontar el arduo debate que se avecinaba. La posición argentina, compartida por los brasileños, tendía a buscar una salida para evitar la expulsión cubana, apoyándose en la Carta de la OEA que debía ser modificada con anterioridad si se pretendía invocarla para llevar adelante medidas condenatorias. Goulart, al recibir a su par cubano Osvaldo Dorticós en su paso hacia Punta del Este, le anticipó que la posición de su país daría respaldo al principio de autodeterminación de los pueblos y al respeto de “las profundas divergencias de carácter ideológico-políticas entre los dos gobiernos” (*Jornal do Brasil*, 1962, 22 de enero, 1).

Camilión (1999), que cumplió un rol destacado esos días, escribe en sus memorias políticas que se temía por represalias por parte de Cuba si era dejada de lado, así como de las izquierdas latinoamericanas que tenían peso en algunos países, como por ejemplo la Bolivia de Paz Estenssoro. De hecho, este tipo de sanciones resultaban intrascendentes para intentar derrocar al régimen castrista, tal como lo demostró el bloqueo norteamericano y terminarían por alimentar la alianza cubano-soviética. Es decir, sancionar a Cuba era simplemente una jugada con demasiados riesgos y escasos o nulos réditos. Mantenerla dentro de la OEA al menos alimentaba la posibilidad de ejercer algún tipo de control o negociación (pp. 87-94).

V. EL JUEGO DE PODERES: LA GUERRA FRÍA EN PUNTA DEL ESTE

Los diplomáticos argentinos liderados por Oscar Camilión intentaban pergeñar una solución de compromiso, con algún tipo de sanción menor hacia Cuba, ante la cual algunos miembros de la delegación norteamericana, sobre todo Goodwin, le daban cierto crédito. Pero, en ese grupo eran mayoría los que estaban a favor de un rompimiento definitivo de relaciones, tal como el Secretario de Estado Dean Rusk que declaró necesaria la eliminación de Cuba del sistema interamericano por tratarse de un gobierno ilegítimo.

Compartían ese planteo especialmente los colombianos, que denunciaban una conspiración comunista continental y guatemaltecos que amenazaban con dejar las sesiones si Cuba no era sancionada. Vale la pena recordar que el presidente de Guatemala, pocos días antes en mensaje televisado, había reconocido su apoyo a la invasión de Cuba en abril de 1961, motivado por la promesa de buenos oficios de EE.UU junto a Gran Bretaña para resolver favorablemente el caso del territorio de Honduras Británica (actual Belice) (*Jornal do Brasil*, 1962, 23 de enero, 1-4).

Por otra parte, el canciller brasileño señalaba a los medios que su país estaba junto a Chile y México a favor de evitar cualquier tipo de sanción económico-diplomática, y con el respaldo del presidente cubano Dorticós postulaba la tesis de “neutralización o finlandización” para Cuba. Goodwin, ex asesor de Kennedy, y al

momento Subsecretario de Estado Asistente para Asuntos Latino-Americanos, ante la propuesta que le elevara el brasileño se preguntaba si podía una nación de este Hemisferio declararse neutra o no-alineada. Aceptaba esa posibilidad y traía a colación el caso de la política externa de Quadros, mas dejando en claro que en el caso de Cuba era inviable dado que estaba “alienada al comunismo”.

Goodwin, consultado por la prensa sobre qué postura tomaría si un país americano decidiera democráticamente optar por el socialismo, respondió que esa situación no implicaría motivo alguno para la “interferencia” norteamericana (*Jornal do Brasil*, 1962, 24 de enero, 1-5). De más está decir que la respuesta del funcionario de Kennedy era difícil de tomar en serio, dadas las frecuentes intervenciones de los EE.UU. contra los gobiernos que consideraban izquierdistas o poco “leales” a sus intereses.

Por su parte, Argentina, Bolivia, Ecuador y Haití (que luego dará una vuelta de campana) estaban a favor de “ciertas” sanciones de tinte más bien disciplinarias. Es decir, este grupo de naciones estaban actuando en bloque para defender el principio de autodeterminación y de respeto por las diferentes formas de gobierno. Sólo diferían en aplicar alguna que otra sanción “moralizante”, esto es una simple salida legalista de compromiso, pero sin caer en medida drástica alguna. No obstante, en la prensa brasilera se informaba que las divergencias entre el eje argentino-brasileño venían de la mano de las presiones que ejercía la representación estadounidense sobre la del Palacio San Martín (*Jornal do Brasil*, 23 de enero, 3).

El equipo de Cárcano había preparado un escrito con cuatro tópicos, que incluían sanciones moderadas a Cuba pero sin caer en la expulsión. Era una salida “bizantina” que denotaba la pericia de la diplomacia de Buenos Aires. Los puntos eran los siguientes: 1) aplicación a Cuba de una sanción de tipo moral, por su elección del comunismo; 2) reafirmación de la unidad del sistema interamericano; 3) fijación de un plazo perentorio para el regreso a la democracia en la isla; 4) creación de una comisión compuesta por seis países para estudiar la posibilidad de aislar a Cuba en el caso de que persistiera en sus planes de socialización integral.

Entretanto, Castro llevaba adelante provocaciones duras de digerir, en particular al declarar a su país como socialista. En este ambiente enrarecido, las negociaciones para alcanzar una solución compartida fracasaron, así como la tentativa de elaborar un procedimiento para extender el plazo de la votación y de este modo conseguir más tiempo para continuar negociando, idea que era compartida por Brasil y EUA.

Así las cosas, sin acuerdo previo, se pasó a decidir la cuestión por votación, mecanismo que dejó expuestos a las presiones de sus opositores de derecha a aquellos países que se definieron por evitar la expulsión, siendo Argentina el ejemplo paradigmático. La Revolución Cubana comenzaba así a generar sus primeras víctimas en los gobiernos latinoamericanos, desestabilizando las frágiles democracias que habían aflorado o intentaban consolidarse. Camilión (1999), es contundente: “Yo creo

que Castro tuvo inmensa responsabilidad en lo que ocurrió después. Personalmente creo que la victoria de Castro fue la mayor desgracia que le ocurrió a América Latina en el curso de su historia” (p. 93).

En cuanto a los guarismos, el gobierno castrista fue separado de la OEA por catorce votos a favor (que incluyó a último momento el de Haití del dictador Duvalier, que a cambio EE.UU. le restauró la asistencia económica, y de otros estados endebles y vulnerables sobre todo centroamericanos); uno en contra (Cuba) y seis abstenciones (Argentina, México, Chile, Bolivia, Brasil y Ecuador). De este modo, fue posible obtener la mayoría necesaria de dos tercios al “desertar” Haití del grupo de “los siete”, liderado por las dos grandes naciones sudamericanas.

Inmediatamente después de la conferencia, Kennedy manifestó su satisfacción con los resultados conseguidos. Al unísono anunció que tomaría prontas medidas “prácticas” para combatir el comunismo en el hemisferio. Las sanciones rubricadas incorporaron la prohibición de cualquier comercio de armamento o material de guerra con La Habana. También aconsejaron implementar otro tipo de castigos comerciales complementarios, que EE.UU. no dudó en ponerlos en marcha mediante la aprobación del bloqueo total de la isla, en correspondencia con las directrices de la Operación Mangosta (Benítez López, 2005, 31-36).

VI. VICTORIA PÍRRICA

El diplomático brasileño Alceu Lima (1962) señalaba, a poco de terminada la conferencia, que las presiones anticastristas ante las cuales claudicó Kenendy le impidieron razonar criteriosamente sobre cuál había sido en realidad el resultado obtenido. Indicaba que el interés visible de Fidel Castro era precisamente ser expulsado del sistema panamericano, aunque el costo que deberá afrontar sería convertirse en satélite de la URSS “a fim de fazer jus a um apoio mais substancial do planêta totalitário de que se tornou satélite, depois que deixou de ser satélite dos Estados Unidos” (p. 7).

La salida obligada de la OEA era un refuerzo a la posición de Castro luego de la invasión de Playa Girón: “Quanto mais maltratado fôsse pelo “sistema interamericano”, mais probabilidades teria Fidel Castro de ser bem tratado pelo “sistema marxista-leninista”. Era un nuevo pretexto para afianzar su relación “satelizada” con la URSS, y de ésta a su vez para penetrar, vía su aliado caribeño, al centro del poder norteamericano en un intento de disputarle al menos una porción de su dominio hemisférico. Esto es, introducir una punta de lanza en el sistema interamericano para forzar su disgregación, en un momento en que precisamente el panamericanismo arrastraba una crisis sin solución a la vista (p. 7).

La delegación argentina había intentado, con miras a evitar una potencial crisis interna de la mano de los militares extremistas y también de las fuerzas radicales de la izquierda¹, mantener una posición de cierta ambigüedad en el transcurso de las jornadas decisivas. Así objetó, junto con Brasil, la medida de expulsión en base a argumentaciones más que todo jurídicas, como lo intentó el canciller Miguel Cárcano y su colega brasileño San Tiago Dantas. El reto de la delegación argentina era hallar un mecanismo para sancionar al régimen cubano pero sin “destruirlo” (Potash, 1985, t. 2, 459).

De ahí que, de las nueve resoluciones rubricadas en la conferencia, de las cuales varias eran sancionatorias hacia el castrismo, Argentina firmó ocho. En la principal, la sexta, que excluía a Cuba de la OEA por haberse identificado con un régimen de ideología marxista-leninista, considerado incompatible para ser miembro del organismo continental, Argentina junto a los otros cinco países se abstuvo.

VII. LA DIPLOMACIA DEL PALACIO SAN MARTÍN A LA ALTURA DE ITAMARATY

Buenos Aires había hecho todo lo posible para pergeñar una estrategia conciliatoria, sancionar sin proscribir, actuando así con una diplomacia prudente y realista, que por un lado “satisficiera” a la potencia hegemónica y por el otro permitiera seguir practicando una línea de política exterior independiente, que era plenamente compartida por los brasileños. Como decía Goulard al definir su política exterior al momento de asumir: “Fiel aos compromisos assumidos, segue o Brasil uma directriz de independência e justiça em face das disputas internacionais” (Center for Research Libraries, 2011, 14).

Esta práctica juiciosa, que desde fuera parecía “ambigua” (Potash, 1985, t. 2, 459), era en cambio fruto de una lectura aguda de la realidad interna y externa. Había sido pensada de antemano para intentar mantener una posición que dejara conformes, en la medida de las posibilidades, tanto al gobierno norteamericano como a los sectores de la burguesía conservadora y a las fuerzas de izquierda, que paradójicamente oponentes tradicionales, aquí ambas se presentaban juntas en oposición, por supuesto desde sus diferentes enfoques.

El objetivo era entonces sortear el desencadenamiento de los fanatismos siempre atentos a cualquier oportunismo para tomar rédito, sin perder de vista el mantenimiento de los principios doctrinales de la política exterior. Tarea de por sí harto compleja. Decía Frondizi sobre estas cuestiones:

¹ A modo de ejemplo, es posible mencionar los serios incidentes protagonizados por sectores de izquierda en Caracas tras conocer la posición de Venezuela de apoyar el rompimiento con el régimen castrista. Las manifestaciones dejaron un saldo de varios muertos (*Jornal do Brasil*, 1962, 24 de enero, 1).

[L]a reunión de cancilleres, convocada como órgano de consulta, no está facultada para excluir al gobierno de un estado miembro, conforme a los estatutos y tratados en vigor. Toda la tradición jurídica de la humanidad civilizada descansa sobre el principio de que no hay pena sin ley y de que nadie puede ser juzgado sino conforme a una ley anterior al hecho del proceso (Mensajes Presidenciales, t. 5, 1982, 100).

Dejar de lado el instrumento de derecho internacional que constituía la Carta de la OEA, para imponer una medida sancionatoria *ad hoc* contra Cuba, sentaría un peligroso antecedente jurídico. Traería aparejado la apertura de una vía paralela para la intervención extranjera en cualquier país del sistema interamericano cuya forma de gobierno fuera disfuncional a los intereses de los decisores.

“Renunciar a este principio equivale, en las relaciones humanas, a adoptar la ley de la selva. Y, equivale, en las relaciones internacionales, a una claudicación de la soberanía” (Mensajes Presidenciales, t. 5, 1982, 100 y s.). O, como indica López Levy (2009): “Las asimetrías de poder coercitivo se impusieron pero la OEA sufrió un gran descrédito y las democracias representativas locales se resintieron de una separación percibida desde la conciencia nacionalista de muchos actores como ilegítima” (p. 115).

La herramienta jurídica utilizada por las seis naciones americanas que intentaron frenar el rompimiento era la única de la cual disponían, sostenida a su vez por el acuerdo alcanzado, a los fines de intentar una oposición con cierto peso. El bloque logrado era, en otros términos, una “alianza maximizadora” conformada *ad hoc* para la ocasión que, no obstante su carácter coyuntural, fijaba un importante precedente de salvaguardia de los ideales americanos de autodeterminación.

El frente común defensivo de las normas de derecho internacionales constituyó el arma de mayor solidez para esgrimir ante un contrincante hartado más poderoso: “Los estados que no tienen suficientes cañones para oponerse a la superioridad material de las grandes potencias, no tienen otra arma que la fuerza ética del derecho para reclamar la solidaridad internacional” (Mensajes Presidenciales, 1982, t. 5, 96-97).

Sin dudas, el desempeño de los funcionarios del Palacio San Martín en Punta del Este, elogiado públicamente por el propio Kennedy, se encuentra entre los de mayor relevancia en la historia de la diplomacia argentina, teñida de claroscuros y siempre rezagada con respecto a Itamaraty, que en esta oportunidad cumplió un papel más bien de “acompañante”, consciente y respetuosa de la capacidad del equipo del canciller Cárcano.

VIII. LOS COSTOS DE UN PLANTEO SOBERANO

La abstención argentina desencadenará una virulenta campaña de desestabilización por parte de las FFAA, donde eran particularmente activos sectores de la

burguesía conservadora. Junto a ellos, también presentaban una oposición tóxica grupos periodísticos junto con el balbinismo y el peronismo más radical que, dueño del movimiento sindical al cual Frondizi había dotado nuevamente de legalidad, enfrascaba al país en huelgas interminables con el consecuente debilitamiento del gobierno. Todo ello en pos de retornar lo antes posible al poder, guiado bajo la tutela a distancia que ejercía Perón desde el exilio. En este punto es de interés traer a colación la marcada diferencia entre el recibimiento hartamente conflictivo que tuvo la delegación argentina al regresar a su país tras la cita de Punta del Este y el ofrecido a sus pares de Itamaraty, que distaba mucho de ser despectivo.

Según Moniz Bandeira, en Brasil también operaban ciertos sectores de la prensa que imputaban a su gobierno de estar atado a las acciones de la diplomacia argentina y, a su vez, en Argentina sucedía lo contrario. De hecho, el propio Frondizi señalaba que algunos medios lo acusaban de ser una herramienta manejada por Itamaraty. El reconocido investigador brasileño advierte que las oposiciones contra la integración y el desarrollo de Latinoamérica provenían “de un comando unificado”, cuyas ramificaciones conspirativas con alcance mundial pergeñaban mantener atada a la región a sus lazos coloniales.

La similitud de las argumentaciones opositoras en ambos países denota el alcance global de esa influencia, que Frondizi denunciara en su discurso en Paraná y que Eisenhower señalara a su vez, aunque con mayor precisión en sus palabras de despedida, apuntando sobre todo al complejo industrial-militar de su país. Estos intereses espurios obraban en pos de dividir los movimientos de integración a toda costa. Y, en este sentido, la alianza integracionista argentino-brasileña era un blanco importante a destruir (Moniz Bandeira, 2004, 299-300; Gussoni, 2010, 92-93).

Los medios gráficos norteamericanos también se hicieron fuerte eco de las presiones recibidas por Frondizi. Informaban sobre la expulsión de la Cuba comunista y trataban la crisis hemisférica señalando con énfasis las repercusiones en Argentina, en expresiones tales como que Frondizi “se inclina ante los militares”, quienes le habrían presentado un ultimátum para romper relaciones con Castro, sumado a la obligación de echar al canciller.

De igual manera, especulaban que el gobierno argentino, jaqueado por la crisis, estaría intentando sortearla. Para ello, accedería con prontitud a un corte de relaciones con Cuba, exigencia que fuera solicitada por las FFAA como condición *sine qua non* para alcanzar un potencial acuerdo y dar fin a la política *soft* del gobierno hacia el comunismo (*Sant Petersburg Time*, 1962, 3 de febrero, 1; *The Calgary Herald*, 1962, 2 de febrero, 2; *The Deseret News*, 1962, 5 de febrero, 4A; *The Washington Reporter*, 1962, 5 de febrero, 9).

La fuerza desestabilizadora en Buenos Aires fue tal que, en menos de dos meses determinará, junto a la victoria peronista en varios de los distritos electorales, la caída de Frondizi, quien, en discurso pronunciado en Paraná dejaba en claro las intenciones golpistas de esos sectores, que esgrimiendo las banderas del nacionalis-

mo, dignidad nacional y defensa de Occidente, en realidad no tenían empacho alguno en transar con el capitalismo internacional monopólico, dejando de lado sus “supuestos intereses patrióticos”. Todo esto en aras de conseguir acceder al poder por cualquier vía (Moniz Bandeira, 1995, 160-162).

El jefe de Estado argentino en aquella memorable pieza discursiva, advertía proféticamente sobre el accionar de esos sectores antinacionalistas: “En la medida en que el pueblo triunfa, los políticos que no confían en él, se ofuscan y se lanzan desesperadamente a provocar la quiebra de una legalidad democrática en la que están definitivamente derrotados. Cualquier pretexto les resulta útil para propiciar el derrocamiento del gobierno constitucional” (Mensajes Presidenciales, 1982, t. 5, 96-97).

Esos sectores fundamentalistas veían con su clásica miopía la posición defendida por la diplomacia de su país en Punta del Este como antinacionalista, “entreguista”; cuando en realidad estaba en la antípoda de esa falsa y malintencionada tesis: “El derecho internacional americano elaborado en torno a la autodeterminación, no es una formulación abstracta que puede dejarse de lado por razones contingentes o de urgencia. No es un medio, sino un fin. Es la razón misma de la independencia nacional, su cualidad esencial e inseparable, en la cual descansa íntegramente la noción de la soberanía” (pp. 96-97).

IX. EL FIN DE LA EXPERIENCIA DESARROLLISTA ARGENTINA Y EL RETROCESO BILATERAL

Los contundentes argumentos jurídicos esgrimidos por el canciller Cárcano y su defensa del sobresaliente desempeño de la delegación argentina no despertaron mayor interés en las FFAA. Expresiones vertidas por un oficial de aviación dejaban entrever el pensamiento militar sobre la cuestión jurídica, al sostener que en aras de liquidar al marxismo es necesario, en ciertas circunstancias, llegar “al sacrificio de la ley” (Potash, 1985, t. 2, 463). A la vista de una revuelta golpista, el presidente decide dar un respiro a la situación aceptando contra su voluntad romper relaciones diplomáticas con el régimen cubano, con la vaga esperanza de que esa decisión calmara los reclamos de los militares. Sin embargo, la firma del decreto tampoco satisfizo a los conspiradores que continuaron con sus planes.

Más allá de todas las explicaciones que tuvo que dar Frondizi, como en otras tantas ocasiones, actuando a veces más como “un prisionero” que como un jefe de Estado democrático con plenos poderes, la situación fue tornándose inmanejable. Y frente a esta difícil coyuntura, el gobierno afrontaba en breve elecciones nacionales que podrían decidir su suerte, ya de por sí supeditada en gran medida a los humores de los jefes “troperos” militares. En esas elecciones, a realizarse en el mes de marzo siguiente, se ponía en juego el manejo de la Cámara de Diputados – donde el

frondizismo gozaba de mayoría – y las gobernaciones de varias provincias, entre ellas la más significativa, es decir Buenos Aires.

El adversario a vencer era el peronismo, al cual Frondizi había levantado la proscripción aún a sabiendas de que podría triunfar en varios distritos, lo que pondría seguramente en marcha el mecanismo golpista. A pesar de esta cuasi “condena” anticipada, desechó modificar el curso legal de los acontecimientos y enfrentó las potenciales derivaciones. El 18 de marzo se vota en Argentina: el peronismo triunfa en diez de las catorce gobernaciones, entre ellas la estratégica Buenos Aires. El resultado no fue sorpresivo; difícil era enfrentar al Frente Justicialista en una votación general por vez primera desde el derrocamiento de su líder.

El presidente, presionado por los militares enfurecidos por el triunfo peronista, decide intervenir las provincias donde habían triunfado los candidatos de esa fuerza. Pero la suerte ya estaba echada y el golpe militar estaba en marcha. Sobre las consecuencias de las intervenciones, Potash (1985) acota que: “Cualesquiera que hayan sido las expectativas de Frondizi respecto del decreto de intervención, lejos de poner fin a la crisis, le dio nuevo impulso”. Los sectores de la oposición tenían así el justificativo necesario para estigmatizar al presidente. Tanto los peronistas que le señalaban su violación del juramento constitucional hasta los propios militares golpistas, que aprovechaban la medida para alegar falta de legalidad y superar así a sus colegas que no estaban convencidos de participar en el golpe (t. 2, 468 y ss.).

A pocos días, los mandos militares le solicitaban la renuncia. El presidente fiel a sus ideales, en un último y emotivo mensaje dirigido al presidente del Comité Nacional de la UCRI, senador Alfredo García vía carta en 27 de marzo le deja en claro que: “Tengo la firme decisión de enfrentar todo lo que pueda sobrevenir. No me suicidaré, no me iré del país, ni cederé” (Mensajes Presidenciales, 1982, t. 5, 236). El 29 de marzo el presidente Arturo Frondizi era detenido y así llegaba a su fin la experiencia desarrollista argentina.

X. CONCLUSIONES

Los embates contra Cuba pusieron a prueba la fortaleza y profundidad de la novel relación mancomunada argentino-brasileña. Y, más allá del resultado contrario en la votación final, fue todo un éxito, en tanto el mecanismo de la *entente* funcionó acabadamente y posibilitó mantener una postura inflexible que casi impidió el rompimiento con Cuba. Hay que dejar en claro que la cuestión nuclear no pasaba por defender al régimen castrista. Esto es así puesto que, tanto el gobierno de Brasil y en particular el de Argentina, mantuvieron en esos años serias discrepancias con su modelo de gobierno.

En realidad, el meridiano pasaba por proteger un espacio de decisión independiente dentro del compacto mundo de la guerra fría, ocupado por dos bloques

adversarios en disputa desde el fin mismo del segundo conflicto mundial, que en esos precisos días estaban alcanzando el punto álgido de la escalada del conflicto. Tanto es así que, en los meses venideros a la reunión sancionatoria hacia Cuba (enero de 1962) estuvieron a punto de llevar al mundo hacia el *Apocalipsis* atómico en la denominada Crisis de los Misiles Cubanos.

Tanto Argentina como Brasil consideraban que la cooperación tendería a influenciar a los demás países de la región. Era un intento de modificar anacrónicas posiciones, primeramente en el ámbito regional y posteriormente en el escenario continental, tendientes a edificar de manera más real la tan pregonada unidad latinoamericana. Más aun cuando al otro lado del Atlántico se estaba gestando en esta polifacética etapa un fenómeno *sui generis* de integracionismo, es decir el despegue de la futura unificación económica europea. En este sentido, el arranque exitoso del grupo de “los Seis” fue observado con atención por los gobiernos del Subcontinente, con miras a su emulación. Sobre esta novel experiencia consideraban que, en razón del alto grado de conflictividad histórica de los países del Viejo Mundo, la puesta en marcha de un programa similar en una región unida por su historia y su cultura como era la latinoamericana sería una obra de menor complejidad. De más está decir que se incumplieron las expectativas.

Las relaciones bilaterales con Brasil que habían arribado a un estado de fértil cooperación, con la caída del presidente Frondizi y luego con la de Goulart en 1964, mediadas por el asesinato de Kennedy, entrarán en una pendiente que llevará varias décadas remontar. En esos largos años estarán caracterizadas por el predominio del militarismo y “la introducción de la doctrina de la seguridad continental de matriz y orientación estadounidense, en calidad de llave maestra de su política en la región”. A partir del derrocamiento del presidente desarrollista argentino, “se montó el escenario de retroceso de las estrategias analizadas. En ese tiempo comenzaron a congelarse los esfuerzos que antes se dirigían a ampliar la alianza regional” (Gussoni, 2010, 93).

Los militares argentinos se esforzaron prontamente a intentar borrar todo rastro de las concreciones de Uruguayana, presos de su ideología anacrónica, que consideraba al Brasil su principal complicación geopolítica regional. A su vez, sus pares brasileños adoptarán idéntica postura. Los viejos recelos eran revividos y la conflictividad suscitada por el manejo de la cuenca hídrica compartida fue su primer resultado.

Hubo que esperar hasta la década de 1980, con el retorno de la vida democrática en ambas naciones, para poner nuevamente en marcha el proyecto de *entente* comenzado con el desarrollismo. Al presente, los resultados de este largo proceso de acercamiento es la materialización de una relación bilateral profunda y comprometida entre las dos mayores naciones sudamericanas, siendo el Mercado Común del Sur su producto más acabado.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Benítez López, Jazmín (2005), *La relación Estados Unidos-Cuba tras la promulgación de la ley para la libertad y solidaridad democrática con Cuba (Ley Helms-Burton): 1996-2004*. México D.F.: UNAM. Tesis de Maestría en RRII.
- Camilión, Oscar (1999), *Memorias políticas. De Frondizi a Menem (1956-1996)*, Buenos Aires: Planeta.
- Dallanegra Pedraza, Luis (2009), *Teoría de las relaciones internacionales*. Universidad Maimónides, Buenos Aires: material de Cátedra.
- Center For Research Libraries (2011), *Presidente Goulart, mensaje al Congreso Nacional. 1962, 15 de marzo*, pp. 5-15, publicado en: <http://brazil.crl.edu/bsd/bsd/u1344/0000-11.html>. Disponibilidad: 7 de junio de 2011.
- Escudé, Carlos y Cisneros, Andrés (2000), *Historia de las relaciones exteriores argentinas*, publicado en: <http://www.argentina-ree.com/historia.htm>. Disponibilidad: 15 de marzo de 2011.
- Frondizi, Arturo (1962), *La política exterior argentina*. Buenos Aires: Transición.
- Frondizi, Arturo (1989), “El presidente Kennedy que yo conocí”, *Reedición de la conferencia pronunciada el 14 de junio de 1989*. Buenos Aires: Academia Argentina de la Historia, pp. 5-48.
- Goodwin, Richard (1962), “O Futuro da Liberdade e a Aliança para o Progresso”, en: *Revista Brasileira de Política Internacional*, año V, No. 17, pp. 5-16.
- Gussoni, Enrique (2010), *Estudio geopolítico comparado de las relaciones entre Argentina y Brasil*. Buenos Aires: Universidad Maimónides, material de cátedra.
- Lanús, Juan (1984), *De Chapultepec al Beagle. Política exterior argentina 1945-1980*. Buenos Aires: Emecé.
- Lima, Alceu (1962), “A posição do Brasil em Punta del Este”, en: *Revista Brasileira de Política Internacional*, año V, No. 17, marzo, pp. 5-16.
- López Levy, Arturo (2009), “Cuba y la OEA: cambio y continuidad”, en: *América Latina Hoy*, No. 52, Ed. Universidad de Salamanca, pp. 107-130.
- Mensajes Presidenciales 1958-1962 (1979-1982), Arturo Frondizi, (5 tomos), Buenos Aires: Centro de Estudios Nacionales/Crisol.
- Moniz Bandeira, Luis (2004), *Argentina, Brasil y Estados Unidos. De la Triple Alianza al Mercosur*. Buenos Aires: Norma.
- Potash, Robert (1985), *El ejército y la política en la Argentina II 1945-1962* (2ª ed.), Buenos Aires: Hyspamérica.
- Teichert, Pedro (1962), “A América Latina e o Impacto Sócio-Econômico da Revolução Cubana”, en: *Revista Brasileira de Política Internacional*, año V, No. 17, pp. 89-115.

- Discurso*, (2006), “Discurso del Ministro de Industria de Cuba Ernesto Guevara”, 8 de agosto de 1961, Punta del Este, publicado en: http://es.wikisource.org/wiki/Discurso_en_Punta_del_Este,_Uruguay,_8_de_agosto_de_1961, Disponibilidad: 17 de mayo de 2011.
- Lewiston Morning Tribune*, (1962), “Fronzizi Sends Kennedy 3 Proposals he Plan on Cuba”, 8 de enero, Idaho, p. 10.
- Journal do Brasil*, (1961), “Para Kennedy só um Plano Marshall salva América Latina”, 7 de agosto, Río de Janeiro, p. 1.
- Journal do Brasil*, (1961), “Guerra fria tem base econômica, diz Mariani”, 9 de agosto, p. 1.
- Journal do Brasil*, (1961), “EUA compromettem-se a ajudar a América Latina. Arinos confirma visita de Jânio à URSS no próximo ano”, 10 de agosto, pp. 1-3.
- Journal do Brasil*, (1962), “San Tiago diz que posição do Brasil ante Cuba não muda nem pode mudar”, 6 de enero, pp. 1-3.
- Journal do Brasil*, (1962), “Brasil firme sobre Cuba: EUA concordam”, 19 de enero, p. 1.
- Journal do Brasil*, (1962), “Goulart comunica a Dorticós posição do Brasil”, 22 de enero, p. 1.
- Journal do Brasil*, (1962), “San Tiago: um dia negativo”, 23 de enero, pp. 1-3.
- Journal do Brasil*, (1962), “Dean Rusk: divergência não impedirá Aliança”, 24 de enero, pp. 1-5.
- Saint Petersburg Times*, (1962), “Fronzizi Bows to Military in Argentina”, 3 de febrero, Florida, p. 1.
- The Bonham Daily Favorite* (1961), “20 Nations Join U.S. in Progress Alliance”, 17 de agosto, Texas, p. 1.
- The Calgary Herald*, (1962), “Argentina Calls Back Ambassador To Cuba”, 2 de febrero, Calgary, p.2.
- The Deseret News*, (1962), “Military Chiefs in Argentina Map Cuba Plans”, 5 de febrero, Utah, p. 4 A.
- The Pittsburgh Press*, (1961), “Alliance for Progress a Challenge to Reds”, 10 de agosto, Pa., p. 14.
- The Washington Reporter*, (1962), “Argentina Backs Position on Cuba”, 5 de febrero, Pa., p. 9.